

## 13 DE ENERO.

Catacumbas de la Vía Apia (continuación).—Gloria que toca á la Iglesia de las Catacumbas.—Catacumba de Santa Sotera.—Historia.—Forma arquitectónica de las iglesias subterráneas.—Vestíbulo.—Sepulcro del fondo.—Antemurales ó barreras.—Tabla del sepulcro, que sirve de altar.—Sepulcros laterales.—Lugares separados para los hombres y para las mujeres.—Escuelas de los catecúmenos.—Tipos de nuestras iglesias tomados en las Catacumbas y no en las basílicas paganas.

Las Catacumbas no solo revelan la profunda sabiduría de la Iglesia, sino que son también un glorioso monumento de la fe y de la caridad de nuestros padres. Pasáis lleno de espanto delante de las ruinas gigantes del Coliseo, saludáis con admiración los arcos aéreos del acueducto de Claudio; os deteneis estupefacto ante las pirámides de Egipto; leéis con entusiasmo la descripción de Nínive y de Babilonia, aquellas maravillosas ciudades del antiguo Oriente, y decís: Estas obras asombrosas son los títulos de una gloria inmortal para los reyes y los pueblos que las fundaron.—Vuestra admiración es legítima sin duda; sin embargo, al recuerdo de la riqueza y del poder de los fundadores, al recuerdo de los recursos de todo género que tuvieron en su mano, se concibe la posibilidad, y yo diría, también la facilidad de aquellas obras colosales. Pregunto, pues, lo que debe sentir el viajero á la vista de una maravilla que excede en atrevimiento, en solidez, en extensión al Anfiteatro Flaviano, á los acueductos de Roma y á las pirámides de Egipto y Nínive y á Babilonia. ¿Cuál fué el rey, el pueblo, la sociedad bastante rica, bastante poderosa para ejecutar semejante obra? Tal es la pregunta que él se hace.

No sabe si delira ó si está despierto cuando se le responde que este trabajo de

gigantes se debe, no á los Césares señores del mundo, no al pueblo-rey, no al pueblo padre de las ciencias y de las artes, sino á una comunidad de pobres desprovistos de recursos, de talento y de fortuna, sin cesar perseguidos, diezmados, obligados á trabajar en secreto y en la sombra de la noche, de miedo que el ruido del martillo llamase tras sus huellas á enemigos encarnizados deseosos de perderles. ¿Cuál fué, pues, el secreto de su poder; ¿cómo sin poseer ningunos medios hasta entonces empleados, llegaron á crear monumentos inmortales, á realizar una maravilla que excede á las demás? Hé ahí el problema que hace nacer la vista de las Catacumbas en general y de las de la Vía Apia en particular. La solución está en esta palabra: ¡la Fe!

La fe, potencia desconocida del mundo antiguo, voluntariamente desconocida del mundo moderno, es una palanca que fué dada por el divino Maestro para trasladar las montañas y levantar el universo. Sus humildes discípulos hicieron uso de ella. Con una mano edificaron en las entrañas de la tierra una ciudad más grande, más maravillosa, más admirable por la dificultad que vencieron, que Nínive, Babilonia ó la Roma de los Césares; y con la otra, agarrando al mundo pagano y sacándolo de la degradación en que estaba sumergido, lo levantaron hasta la virtud de los ángeles y lo suspendieron de la cruz.

Con el corazón conmovido, con el alma engrandecida al recuerdo de aquella fe primitiva, cuyos monumentos teníamos á la vista, llegamos á las Catacumbas de Santa Sotera. Este nuevo cuartel del cementerio Pretextado, debe su origen á una joven heroína cuya historia merece ser conocida. Ella ofrece un testimonio agregado á otros mil de aquella fe prodigiosa que todo viajero, á menos que sea ciego, sordo, mudo, parálítico de su inteligencia y de

su corazón, está obligado á admirar y á bendecir al visitar cada Catacumba.

Bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano vivía en Roma una joven llamada Sotera, que veía entre sus antepasados y sus parientes á cónsules y á prefectos, y que debía contar en el número de sus sobrinos una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia, á San Ambrosio, hijo del prefecto del pretorio de las Galias. Su nacimiento, su edad, su fortuna, su exquisita belleza le aseguran el más brillante porvenir; pero ella olvida todas estas ventajas, renuncia á todas sus esperanzas para abrazar *la locura de la cruz*.<sup>1</sup>

Hé aquí lo que pasaba el 10 de Febrero en la vía Apia. En medio de un inmenso concurso de espectadores, Sotera, rodeada de verdugos, está en pie delante del tribunal de Maximiano. Según la costumbre de las vírgenes cristianas, su rostro está cubierto con un velo; todos los ojos están fijos en su persona, cuyo porte noble y modesto anuncia al mismo tiempo á la hija de los patricios y á la esposa de un Dios. El silencio universal se interrumpe por fin; con una voz estentórea el feroz perseguidor ordena que golpeen el rostro de la joven víctima.

«Entonces, escribe su ilustre padre, Sotera levanta su velo y presenta al martirio aquel rostro que ella había tenido siempre oculto á las miradas de los hombres. Lo presenta generosamente á las ignominias de las bofetadas á fin de comenzar su sacrificio por el mismo lugar por el cual comienza para las otras vírgenes la pérdida del pudor y de la inocencia. Los sacrílegos pueden, es verdad, cubrir de heridas su bello rostro, pero no pueden manchar la

<sup>1</sup> Singulario pulchritudinis, nobili genere nata, parentum consulatus et prefecturas ob christum contempsit.—«Nacida de noble generación, de singular belleza, despreció los consulados y prefecturas de sus padres.»—S. Ambr., lib. III, de Virg.

belleza de su virtud. Vuestra parienta ¡oh hermana mía! fué elevada á la gloria del martirio, pero comenzó, á pesar de su nobleza, á sufrir los suplicios ignominiosos reservados á los esclavos. En fin, el verdugo se cansó. Muda, intrépida, no cedió ni á la injuria ni al dolor; no movió la cabeza, no ocultó su rostro, soportó la injuria sin decir una palabra, sin dejar escapar una lágrima ni un suspiro. Victoriosa en aquel combate como en los demás, recibió, en fin, con una cuchillada aquella muerte que ella había deseado tanto, muerte gloriosa que le dió la vida.<sup>1</sup>

Antes de derramar su sangre por su divino Esposo, Sotera había distribuido sus bienes á los pobres, á sus hermanos. Había asignado entre otras para su sepultura, una de sus tierras situada en la vía Apia, no lejos del teatro de su triunfo; allí fué depositada. Con este doble título la Catacumba en que estamos perpetúa de siglo en siglo el nombre, la caridad, el valor y la fe de la joven heroína. El Papa Esteban II restauró el antiguo cementerio, y Sergio II, uno de sus sucesores, trasportó el cuerpo de la gloriosa mártir á San Martín *ai Monti*, en donde espera, en medio de los homenajes de las generaciones, el día de la resurrección bienaventurada.

No podemos salir de las Catacumbas de Pretextado sin estudiar la forma arquitectónica de las iglesias primitivas, cuyas dimensiones y cuyo número hemos visto ayer. Hé aquí desde luego, en cuanto la naturaleza del terreno lo permite, el pórtico ó el vestíbulo que forma un largo cuadrado. Servía al mismo tiempo para aislar el lugar santo, para recibir á los fieles que llegaban demasiado tarde, y para alojar á los penitentes que no tenían el derecho de entrar á la iglesia, ó para los catecúmenos que no podían asistir á la

<sup>1</sup> S. Ambr., lib. III, de Virgin.

celebración del santo Sacrificio. Vienen en seguida las puertas cuyos pies derechos y cuyos goznes se ven todavía. Las puertas mismas han desaparecido consumidas sin duda por el tiempo y la humedad. Boldetti ha encontrado una sola que era de hierro.

En cuanto al interior de la iglesia, ya hemos visto al hablar de los *cubicula* que no presenta una forma invariable. Ya es una rotonda, otras veces un triángulo, algunas veces un cuadrado, ordinariamente un paralelogramo terminado en cúpula. Esta variedad viene muchas veces de las dificultades del terreno; porque *por todas partes se ve que los cristianos trataban de hacer de la iglesia una prolongación del monumentum arcuatum.*

Lo que no cambia es el lugar de los altares ó sepulcros de los mártires. En el fondo el altar principal; á derecha é izquierda algunos altares igualmente coronados con la bóveda circular y que pueden servir para la celebración de los santos Misterios. En un gran número de iglesias las paredes laterales están llenas de muchos sepulcros ordinarios, dispuestos paralelamente en número de tres ó cuatro hileras según la elevación y la capacidad de la crypta. Hemos visto que ciertas iglesias tienen un presbiterio detrás del altar con sillas para el obispo y el clero; muy á menudo la cátedra pontificia está en el ángulo del altar, un poco avanzada hácia la nave.

Comunmente un escalon de algunas pulgadas de espesor aísla el altar levantándole un poco sobre el suelo. Delante del altar se encuentran todavía algunas veces las barreras, especie de balaustrado ó de rejilla de piedra destinada á proteger el altar contra el empeño de un celo imprudente ó indiscreto. Existe en el cementerio de San Calixto una de aquellas barreras en un esta-

do regular de conservación; lleva tres veces en la parte superior el monograma del Cristo figurado en cruz de San Andrés; esta forma indica, como sabemos, los tiempos primitivos. Las otras Catacumbas, principalmente las de Santa Priscila y de Santa Elena, presentan los fragmentos de un gran número de aquellas galerías protectoras. De allí podemos concluir que su uso era general, al ménos en las cryptas cuya dimensión podía permitirlo.

El altar mismo es de forma cuadrada, como los sarcófagos antiguos que conocemos. A menudo está adornado con bajos relieves distribuidos en compartimientos, cuyos asuntos están tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el altar está una tabla de piedra ó de mármol ordinariamente metida en parte en la toba y sirve para la oblación de los santos Misterios. El sepulcro de San Hernés en la Catacumba de este nombre, en la Vía Salaria, es un modelo muy bien conservado. Que la tabla del sepulcro haya servido para la celebración del augusto sacrificio es un hecho incontestable.

Desde luego, sabremos que el uso y la disciplina de la Iglesia primitiva hacían una ley sagrada no ofrecer la gran Víctima sino en el sepulcro de los mártires. En seguida los testimonios de la historia son de tal modo numerosos que está uno sin saber cuál escoger; citaré solamente algunos. Prudencio habla así de la piedra colocada en el sepulcro de San Hipólito en la Catacumba de la Vía Tiburtina:

Illa sacramenti donatrix mensa eademque  
Custos fida sui martyris apposita  
Servat ad aeterni spem vindicis ossa sepulcro,  
Pascit item sanctis Tibricolas dapibus.

“Esta tabla dadora del Sacramento y al mismo tiempo guardiana fiel del mártir que la está confiado, conserva sus huesos en el sepulcro en espera de la venida del

Juez eterno y alimenta á los Romanos con un alimento sagrado.” 1

Seguida en Roma la costumbre de que hablamos, se encuentra fielmente observada en las otras partes de la Iglesia católica. El mismo poeta, cantando á Santa Eulalia la gloria de las Españas, se expresa así:

Sic venerari ossa libet,  
Ossibus altar et impositum.  
Illa Dei sita sub pedibus  
Prospicit haec, populosque suos  
Carmine propitiata fovet.

“Aquí es dado venerar sus huesos; un altar está levantado sobre ellos; ella misma los ve colocados bajo los pies de Dios, y movida con los himnos cantados en su honor, se muestra favorable á los pueblos que la invocan.” 2

La Iglesia de Africa se muestra la digna émula de su hermana y de su madre. Su gran doctor, San Agustín, le rinde este testimonio: “Vosotros todos, dice él á los fieles, los que conocéis á Cartago, sabéis que en el lugar mismo en que corrió por el nombre de Cristo la sangre de Cipriano, allí se consagró á Dios una tabla. Esta tabla es llamada también mesa de Cipriano, no porque Cipriano se haya sentado á comer en ella, sino porque en ella fué inmolado y por su inmolación ha preparado esta mesa no para comer en ella él mismo ó dar de comer en ella, sino para ofrecer el sacrificio al Dios á quien él mismo fué inmolado.” 3

En fin, el Oriente mismo ó más bien el

1 Prud., *Peristeph. de S. Hippolyt.*

2 Id., *Hym.* III.

3 Sicut nostis quicumque Carthaginiem, nostris in eodem loco ubi propter nomen Christi sanguis fusus est Cipriani mensa Deo constructa est. Famen mensa dicitur Cypriani, non quia ibi est unquam Cyprianus epulatus, sed quia ibi est inmolatus et quia ipsa immolatione sua paravit hanc mensam, non in qua pascatur sive pascatur, sed in qua sacrificium Deo, cui et ipse oblatus est, offeratur. *Serm. c. XXII, de Diversis.*

Espíritu Santo por la boca del sublime desterrado de Pathmos ha revelado y consagrado la costumbre de ofrecer el augusto sacrificio en el sepulcro de los mártires. “He visto, dice San Juan, bajo el altar de la Jerusalem celeste las almas de aquellos que han sido condenados á muerte por el Verbo de Dios.” 1 Así, la Iglesia de la tierra ha tomado esta costumbre invariable de la Iglesia del cielo. Sepulcro, memoria, lugar del martirio, confesión de los mártires, mesa, tales eran hace diez y ocho siglos los nombres de los altares, tales son todavía en Italia y sobre todo en Roma. 2

En cuanto á la razón misteriosa del uso venerable de que hablamos, se la encuentra muchas veces explicada en los Padres de la Iglesia. “Con razón, dice San Gregorio Magno, las almas de los justos están colocadas bajo el altar, puesto que el cuerpo mismo del Señor es ofrecido en el altar. No en vano los justos piden venganza de su sangre, de un lugar en que la sangre de Jesucristo se derrama por los pecadores. Era, pues, conveniente colocar el sepulcro de los Mártires en el lugar mismo en que se celebra cada día la muerte del Señor; lo era reunir á los mártires á su jefe, á fin de que la piedad honrase en el lugar mismo á aquellos á quienes la muerte sufrida por la misma causa había asociado en los mismos triunfos. 3

1 *Apocalyp.*, c. IV.

2 Sepulcrum, memoriae, martyrium, confessio, mensa.

3 Recte sub altari animae justorum requiescunt, quia super altare corpus Domini offertur. Nec immerito illic iusti vindictam sanguinis postulant ubi etiam pro peccatoribus Christi sanguis effunditur. Convenienter igitur et quasi pro quodam consortio ibi martyribus sepultura decreta est ubi mors Domini quotidie celebratur. Non immerito, inquam, consortio quo iam illic occisis tumulus constituitur ubi occisionis Dominicae membra ponuntur, ut quos cum Christo unius passionis causa devinxerat unius et loci religio copularet.—Apud Boldetti, lib. I, c. VIII, pág. 30.

Gracias á esta semejanza de la víctima del cielo y de las víctimas de la tierra, la Iglesia reunió en un espacio de algunos pies todo lo que hay de más poderoso en el corazón de Dios, porque la venganza que piden los mártires desde el fondo de las tumbas es la misma que solicita la augusta Víctima desde lo alto de su cruz: la salvación de sus verdugos. Así, todas las veces que en la persona de su ministro sube la Iglesia católica al altar, ¿sabeis á qué se parece? A una viuda que á consecuencia de una gran guerra, se iría á ver al príncipe, y presentándole con una mano los huesos de sus hijos y con la otra la sangre de su esposo, gloriosamente caídos en el campo del honor en defensa de la patria, diría al monarca: «Hé ahí mis títulos á vuestros favores.» ¿Hay un rey en el universo que no se apresurase á escuchar á la pobre viuda? Dios sería, pues, ménos que un hombre si se negase á la Iglesia, cuando para conseguir sus gracias, ella le presenta en nuestros santos Misterios la sangre de su Esposo y los huesos de sus hijos.

Acordémonos de que las paredes laterales tienen también *arcosolia* y sepulcros ordinarios; luego examinemos atentamente las otras partes del edificio. La tradición nos enseña que en las reuniones sagradas los hombres estaban separados de las mujeres. Esta costumbre fielmente conservada después de Constantino y en nuestros días mantenida todavía en un gran número de parroquias, era más rigurosamente exigida en la época de las persecuciones. Las constituciones apostólicas son formales en este punto. 1 A falta de otras pruebas, una sencilla observación bastaría para fundar que estuvo realmente establecida desde el origen del cristianismo. Conocemos la prudencia y la solicitud de la

1 Const., lib. II, c. LVII.

Iglesia; si, pues, ella ha creído deber exigir la separación de los sexos en sus vastas basílicas, cuando se celebraban sus misterios y se reunían sus sínaxas brillando la luz del sol, ¿puede dudarse de que la haya exigido con más imperio y mantenido con más cuidado en las iglesias subterráneas de las Catacumbas? Si así es, se deben encontrar en nuestras cryptas señales de aquella sabia disciplina.

En efecto, se observan no solamente entradas y escaleras separadas para los hombres y para las mujeres; la inspección de los lugares, unida á la inscripción vaticana que hemos referido, pone este primer hecho fuera de discusión. Ahora, ¿por qué hay entradas separadas que conducen á la misma iglesia, si no porque los hombres y las mujeres debían estar igualmente separados durante la celebración de las sínaxas y de los santos Misterios?

Es interesante encontrar en las cryptas la prueba material de este punto de disciplina. Las Catacumbas en general y las de Santa Elena, de San Calixto, de Santa Inés, de Pretextado, ofrecen un gran número de iglesias con uno, dos y algunas veces tres *cubicula* en frente unos de otros, cuya parte superior se termina por una ventana oblonga. Esta ventana va á dar á una luminaria común por la cual todos los *cubicula* reciben luz. Allí se colocaban los hombres y las mujeres, según la distinción establecida por la Iglesia, para asistir al Santo Sacrificio, oír las instrucciones y cantar las alabanzas de los mártires en los días de sus aniversarios. 1 El mismo hecho ha sido reconocido generalmente por el P. Marchi, y el sabio arqueólogo demuestra que aquellas *stanze* son inexplicables y contrarias á todas las reglas de la arquitectura así como al destino reli-

1 Boldetti, lib. I, c. IV, p. 13.

gioso de las cryptas, á ménos que se les asigne el uso de que hablamos. 1

No es esto todo. Se sabe que en la primitiva Iglesia, los catecúmenos tenían lugares separados para recibir la instrucción preparatoria al bautismo. Ahora, al lado de muchas iglesias subterráneas se encuentran salas con dos cátedras en el extremo. Algunas sillas ocupan las paredes longitudinales; pero allí no se encuentran *arcosolia*. ¿Es difícil reconocer en aquellas cámaras las escuelas de los catecúmenos? Las cátedras de los sacerdotes encargados de la instrucción y en número de dos ó tres, según la sabia disciplina de la Iglesia; los lugares de los auditores; la falta del altar; todas estas circunstancias, ¿no indican los lugares en que los futuros cristianos estaban preparados para el sacramento de la regeneración sin tener el derecho de asistir al sacrificio de la augusta Víctima? 2

Hemos estudiado con amor la forma de los primeros templos cristianos. Esta nueva página del gran libro de las Catacumbas arroja una gran luz tanto sobre la admirable fidelidad de la Iglesia romana á las venerables costumbres de los tiem-

1 . . . Non dee impedirmi di portare la mia dimostrazione colla varietà dei monumenti a quel sommo grado di evidenza di cui é capace; massime dopo che non in uno, ma in tutti i principali nostri cimiterj ho veduto la pratica di attenersi a piccole forme e ad unitá di stanza dove trattasi dei cubicoli o sepoleri delle private famiglie, a forma ed elevazione piú ampia e a radopiamento di stanze dove trattasi di cripte o chiese. — « . . . No debe impedírseme dar mi demostración con la variedad de los monumentos hasta el grado de evidencia de que es capaz; principalmente cuando no en uno solo, sino en todos los cementerios principales, he visto la práctica de atenderse á reducidas formas y á la unidad de la estancia en donde se trata de los *cubiculi*, ó sepulcros de las familias privadas; de forma y de elevación más amplias y de la extensión de las estancias donde se trata de cryptas y de iglesias. » — P. 161; id., p. 163-5-6-8; 176-7.

2 Id., p. 187.

pos primitivos, como sobre la forma arquitectónica de nuestras iglesias. Cuando la paz fué dada á la Esposa del Hombre Dios no tuvo necesidad para levantar sus soberbias iglesias de recurrir á modelos profanos; se contentó con trasportar al suelo los monumentos de su cuna; las cryptas de las Catacumbas llegaron á ser el tipo obligado de las basílicas. Es un hecho que salta á los ojos del observador que estas últimas reproducen en su forma y en sus partes esenciales los modestos oratorios de las Catacumbas.

En las cryptas teneis un altar principal colocado hácia la extremidad; igual cosa tiene lugar en las basílicas. En las cryptas este altar es el sepulcro de un mártir; está ligeramente levantado sobre el suelo, protegido por una reja y cubierto con una mesa de piedra ó de mármol, sobre la cual se ofrece el divino Sacrificio. Todos estos caracteres se encuentran en el altar mayor de nuestras iglesias, rigurosamente provistos de un cuerpo de mártir, ó de un *loculus*, llamado sepulcro, en el cual se depositan algunas reliquias. Muchas veces también, para conservar las señales del origen primitivo, el altar está colocado en la iglesia inmediatamente encima del sepulcro de los mártires que se encuentra en una crypta subterránea. Esto se ve á menudo en Italia, en Roma sobre todo. Como ejemplo me contentaré con citar la iglesia de Santa Prisca en el monte Aventino y San Pedro en el Vaticano.

Se cuidaba de tal modo de conservar en las iglesias el carácter de los *cubicula*, que en donde no había crypta primitiva se abría una bajo el altar á fin de depositar en ella cuerpos de mártires. La iglesia de Santa Cecilia ofrece de esto un notable monumento. El altar de las Catacumbas forma *arcosolium*, es decir, un monumento coronado con una bóveda. La bóveda de nuestras iglesias, ó el arco absidal bajo el

cual están colocados nuestros altares, no es más que la reproducción de la bóveda primitiva. En Roma, en donde las tradiciones se conservan con más fidelidad, la mayor parte de los altares de las antiguas basílicas están rodeadas de un dosel. Este género de adorno, llamado también *cúpula*, *cimborrio* y tabernáculo, recuerda más particularmente todavía por su forma la de la bóveda antigua.

La silla de piedra colocada delante del altar y vuelta hacia el pueblo, desde donde el Pontífice instruía á los fieles, se ha perpetuado desde luego en el ambon, luego en el *palco* moderno y en nuestros púlpitos. Alrededor de la crypta radian *arcosolios* semejantes al altar principal por la forma y por el destino, sepulcros de mártires y mesas del sacrificio; he ahí nuestras capillas laterales. Este origen parece de tal modo incontestable que los arquitectos de las basílicas cristianas no han temido sacrificar las reglas del arte á la conservación de este recuerdo venerable de las Catacumbas.

“Es inconveniente para la arquitectura, dice M. Raoul Rochette, la multiplicación de las pequeñas capillas laterales en el seno de las iglesias cristianas, en razón de las *confesiones* particulares ó *memorias de los mártires*, cuyo culto se asoció al del santo principal ó patrono. Esta costumbre nacida con la Iglesia misma en el seno de las Catacumbas, tuvo en la disposición general de las basílicas cristianas una influencia más decisiva que ninguna de las circunstancias tomadas del génio mismo del culto. . . . Resulta en los planos como en las elevaciones, una interrupción frecuente de aquellas líneas rectas que no son solamente el principal mérito de las obras de la arquitectura, sino también el principal elemento de las impresiones de grandeza que producen. 1

1 Cuadro de las Catacumbas, p. 91.

Cualquiera que sea la exactitud de esta observación, es necesario elogiar á los arquitectos cristianos por la imperfección de que parece hacérseles un reproche. Derogando, por decirlo así, las reglas materiales del arte, á fin de reproducir íntegramente en nuestras iglesias la crypta de las Catacumbas, de las cuales no son más que el desarrollo, han dado en esto una prueba de buen sentido y de tacto. De la misma manera que el cuerpo se ha hecho para el alma y no el alma para el cuerpo; la forma para el pensamiento y no el pensamiento para la forma; la música para las palabras y no las palabras para la música, ellos comprendieron que el templo se hacia para el cristianismo con sus recuerdos, sus glorias y sus enseñanzas, y no el cristianismo para el templo. Dirigidos por esta regla, superior á las otras reglas, han realizado á la faz del sol, agregando todos los recursos que las artes y la riqueza pueden proporcionar, los venerables santuarios en donde durante tres siglos la Iglesia ocultó sus misterios y preparó á sus hijos á las luchas heroicas del martirio.

De lo que precede resulta, contra la opinión de algunos arqueólogos franceses, que las cryptas de las Catacumbas y no las basílicas paganas sirvieron de tipo á nuestras iglesias. 1 Por una parte, hemos visto que las cryptas subterráneas toman muchas formas diferentes; son sucesiva-

1 E certo che queste capelle, servendo ai miseri e perseguitati cristiani per tenervi le loro adunanze e celebrarvi i divini misterj, furono un rozissimo abbozzo delle chiese e delle basiliche edificate dipoi con tanta magnificenza sopra terra, quando la religione cristiana cominciò á godere d'una tranquilla pace. — Es cierto que estas capillitas, que sirvieron á los pobres y perseguidos cristianos para tener sus reuniones y celebrar los divinos misterios, fueron un tosco bosquejo de las iglesias y de las basílicas edificadas despues con tanta magnificencia sobre la tierra, cuando la religion cristiana comenzó á gozar de una tranquilla paz.”—Bottari, t. III, p. 75.

mente oblongas, cuadradas, circulares, hexagonales, etc. Puede, pues, sostenerse que se abrieron segun el modelo de las basílicas paganas, que presentan invariablemente una especie de nave terminada por una cúpula. Es, pues, necesario decir lo mismo de nuestras iglesias que toman sucesivamente aquellas diferentes formas. Por otra parte, las basílicas paganas no tienen ni crypta subterránea ni excavaciones laterales, dos cosas inevitables en nuestras antiguas iglesias. No puede fundarse el origen pagano que se les atribuye en la semejanza que pueden tener con las basílicas profanas. ¿Será acaso en el nombre comun á nuestras iglesias y á ciertos edificios paganos? Si así fuese, se encontraría en los primeros siglos el nombre de basílica aplicado á las iglesias ó capillas de las Catacumbas. Ahora, no se conoce una sola aplicación de este género en los monumentos anteriores á Constantino. Se le encuentra apenas empleado una ó dos veces para designar no las cryptas subterráneas, verdaderos tipos de nuestras iglesias, sino templos cristianos edificados en este suelo. 1

1 Pareceria que durante la era de las persecuciones, los cristianos tenían emplear este nombre para designar las iglesias: “Usitatori vocabulo dictas fuisse ab antiquis ecclesiis ipsas domos Dei et templa sanctus Zenon in Psal. . . . CXXXVI, significare videtur his verbis: Conventus quidem ecclesiarum, sine templis, quos ad secretam sacramentorum religionem aedificiorum septa claudunt, consuetudo nostra vel domum Dei solita est nuncupare vel templa.”—El Santo Zenon en el *Salmo* CXXXVI parece significar que esas mismas iglesias, casas de Dios ó templos, fueron llamadas con una palabra más usada por los antiguos, en estos términos: Ciertamente la reunión de las iglesias sin los templos que limitan los cercados, es costumbre nuestra que se les llame templos ó casas de Dios.”—Bar., *Ann. ad Martyr.*, 5 de Agosto.—Usaban también otros nombres, pero nunca el de basílicas: “Ecclesia domini, domus columbae, oratorium, concilium, conciliabulum, synodus, martyrium, memoria, mensa martyris.”—Iglesia, casa del Señor, casa de la paloma, oratorio, concilio, con-

Partiendo de este principio, se hace más comun; pero en lugar de indicar que las basílicas cristianas estaban formadas segun el modelo de las basílicas paganas, demostraba solamente que estas últimas habían sido transformadas en templos cristianos. “Dice Selvaggio, que habiendo abrazado Constantino el Evangelio, dió á los obispos para las santas asambleas un gran número de basílicas paganas. De aquí viene ciertamente el nombre de basílicas, dado generalmente á los templos cristianos.” 1

La Iglesia adoptó este nombre, ya porque perpetuaba el recuerdo de su triunfo sobre el paganismo, ya porque recuerda al gran Rey al cual estaban consagrados aquellos edificios reales en otro tiempo, ya en fin porque indicaba una parte notable del templo de Salomon y que era bueno demostrar que si el Evangelio era el vencedor del paganismo, era también el vencedor y el heredero del judaismo. 2

ciliabulo, sínodo, martirio, memoria, mesa del mártir.”

1 Harum multas Constantinus imperator, christianam religionem amplexus, episcopis ad sacros inibi conventus agendos concessit; atque hinc fortassis nomen basilicae generaliter ecclesiis datum est: atqui omnino ita se res habet; praesertim cum ante Constantini tempora vix in ullo christiano auctore illud invenitur. *Antiquit. christ. Instit.*, lib. II, c. I, n. 6.

2 Basilicae prius vocabantur regum habitacula, unde ed nomen habent. Nunc tamen ideo basilicae divina templa nominantur, quia ibi regni omnium Deo cultus et sacrificia offeruntur.—“Non abhorret tamen a phasi divinae Scripturae; nam atrium illud majus templi Salomonis basilica dicitur.—“Las basílicas se llamaban primero habitaciones de los reyes, de donde tomaron su nombre. Ahora se llaman también templos divinos, porque en ellos se ofrecen el culto y los sacrificios á Dios, Rey de los reyes.”—*Isidor.*, *Origin.*, lib. XV.—“No repugna con la frase divina de la Escritura, pues aquel atrio se llama basílica mayor del templo de Salomon.”—*II Paralip.*, c. IV y VI; Bar., *Ann. ad Martyr.*, 5 de Agosto.